

Un evento que debe seguir brillando

Por ANTONIO FERNÁNDEZ SEOANE

Mantener en nuestro país la regularidad de un evento competitivo dentro del campo de la visibilidad artística contemporánea, llámese salón, bienal, concurso, festival u otra denominación al efecto, se ha convertido en una osadía extrema. Tal empresa conlleva, además de la definición de sus principales objetivos, temas y géneros, del trabajo puntual con artistas de imprescindible participación y de la labor divulgativa necesaria para el logro de sus propósitos, una infraestructura económica que por lo general resulta muy costosa. Si a esto agregamos que la entidad que convoca el evento no es de las que forman parte de la red oficial de instituciones de las artes visuales, sino que responde a una denominación religiosa, dicha periodicidad puede peligrar aún más y ser afectada por los posibles embates de cierta miopía cultural que no acepta la diversidad. Por suerte la dirección política de nuestro país está dirigida –como se ha proclamado constantemente– a la más amplia de las aperturas, con lo cual también se propician estas convocatorias. Tal es el caso del Centro Cultural y de Animación Misionera San Antonio María Claret, de Santiago de Cuba, que desde hace diez años organiza y lleva a cabo el Salón de Arte Religioso.

Orientado en sus inicios hacia temáticas estrictamente católicas y un marco geográfico que no rebasaba los límites del oriente cubano, este salón ha logrado mantener su frecuencia anual y de ese modo consolidarse en el panorama de las artes visuales cubanas. Mas debemos decir que para alcanzar ese sitio tuvo que salvar algunas dificultades.

Su segunda edición, de octubre de 2001, sólo contó con la admisión de doce obras y se limitó a la temática de la prédica evangélica, contenida en los Hechos de los Apóstoles. En su cuarta edición, en el 2002, se circunscribió a las parábolas bíblicas, y en 2003 a la Navidad. El V

Salón de Arte Religioso (2004) tuvo como centro el tema de los milagros de Jesús y su sexta edición, en 2007, se dedicó a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre como signo de comunión para el pueblo cubano. Como curadora principal de estas presentaciones artístico-plásticas se ha desempeñado, con suma profesionalidad, Janet Ortiz Vian y entre los más entusiastas impulsores de la iniciativa ha estado el padre Carlomán Molina.

El Centro Cultural y de Animación Misionera San Antonio María Claret tuvo que crear las condiciones físicas esenciales para que estos salones tuvieran un escenario adecuado: el espacio expositivo –aprovechado desde cualquier ámbito de su sede santiaguera, para sus primeras presentaciones– o como galería de arte, diseñada con todos los requisitos exigidos para la exhibición, ya instalada a la altura de su quinto salón. Para la realización del IX Salón de Arte Religioso, este centro cultural santiaguero pudo contar felizmente con dos galerías de arte, habilitadas con las condiciones idóneas para el desarrollo del evento.

Resulta importante destacar que a estas convocatorias han respondido artistas de la talla de Mearson Daniel Zafra, Julia Valdés, Sandra Ramos, Agustín Bejarano, Aziyadé Ruiz, Rubén Alpizar, Zaida del Río, Arturo Montoto, Carlos Alberto Fernández Montes de Oca, Aimée García, Enrique Lanza, Manuel Comas, Eduardo Roca (Choco), Vicente Rodríguez Bonachea y Carlos Guzmán, entre otros.

A esa relación de artistas deben sumarse los nombres de destacados promotores, críticos y especialistas, que con sus oportunas y valiosas observaciones han enriquecido este evento. Me refiero a personalidades de la talla de José Veigas, David Mateo, Dannys Montes de Oca, Elvia Rosa Castro, Pedro Contreras, Olga López Núñez, Manuel Fernández Figueroa...Y me

veo en la embarazosa obligación de incorporarme a esta lista, pues –junto a Janet Ortiz– he sido curador de este salón desde su sexta convocatoria, así como su museógrafo, además de haber integrado el jurado en algunas ocasiones.

El Salón de Arte Religioso en su sexta edición, del año 2005, contó con dos singulares características: la primera fue la invitación realizada a artistas que hubiesen trabajado la iconografía de la Patrona Cubana (Cosme Proenza, Manuel Mendive, Choco, Reinorio Tamayo, Flora Fong, Pepe Franco y Alexis Novoa), lo que provocó una exposición colateral de alta valía; y la segunda, la admisión de estudiantes de la Academia de Bellas Artes San Alejandro, como Zandy Gómez Valdés, a quien se le adjudicó el tercer premio, y Claudia Hechavarría.

La orientación hacia un ámbito temático de mayor espectro, “abierto dentro del amplio contexto de la Cultura Religiosa Nacional y Universal, incluyendo la temática de la Navidad” –como rezaba en la convocatoria–, marcaría un importante punto de giro que se hizo explícito en el VII Salón de Arte Religioso. No obstante, la octava edición se encargaba de proscribir cualquier duda al respecto, con obras de discursos más atrevidos y de alcance a otras religiones, de caracteres experimentales, de formatos y soportes más variados que incluía la fotografía, la instalación bidimensional y tridimensional e incluso las artes aplicadas. El primer premio (compartido con el santiaguero José Antonio Bertot) fue adjudicado a la estudiante Laura Niurka Díaz Ravelo por su fotografía digital (en ensamble instalado) La Sagrada Familia y el segundo premio lo recibió el también estudiante Abel Rodríguez Martínez, por su técnica mixta Los Caminos. Esa participación de los alumnos se repitió en los dos siguientes salones: la novena

edición, que premió nuevamente a Abel Rodríguez, esta vez con la obra *La Patrona de Cuba*, y en segundo lugar a Allende Yágin Hernández por su óleo *Un personaje llamado San Lázaro* que algunos le dicen Babalú. El X Salón de Arte Religioso logró, con la cifra de doce, la mayor participación de estudiantes de San Alejandro, institución docente que ojalá continúe prestigiando este evento, pues en la última edición ocurrieron hechos contradictorios que lamentablemente podrían afectar la futura presencia de los alumnos.

En el VI Salón de Arte Religioso (2005), el investigador del arte José Veigas Zamora, quien ha tenido “la oportunidad única de ser jurado y ‘cronista especial’ de estos salones”¹, al escribir los textos centrales de los catálogos en seis oportunidades, hasta el año 2009, apuntaba que “a pesar de haber transcurrido cinco años desde la creación de estos salones, se detectaba en los conjuntos enviados al evento, un cierto inmovilismo que mantenía inal-

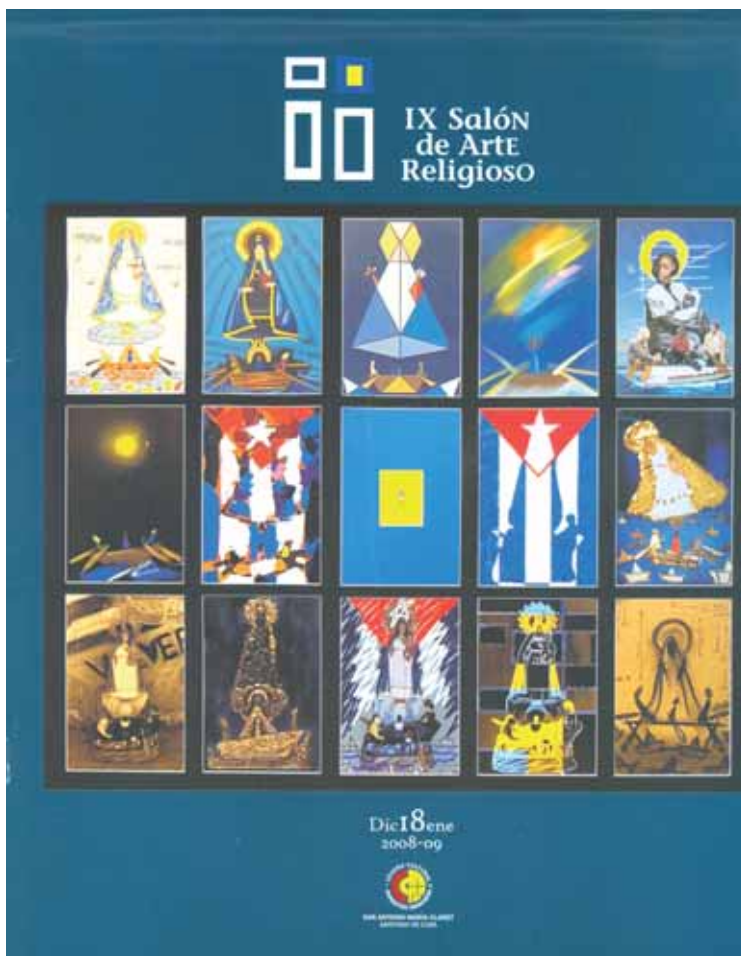
terables los patrones de lo que se entendía como arte religioso. Una parte considerable de las obras habían asumido como modelo un arte tieso, esquemático y de un simbolismo propio de fines del siglo XIX”². Esta afirmación la ha repetido en las siguientes ediciones, sin tener en cuenta, pues nunca lo ha señalado, el viraje que los estudiantes de San Alejandro le imprimieron a este evento desde su sexta convocatoria, con obras de corte más experimental y, por ello, más atrevidas o desprovistas de ese señalado “almidonamiento”.

Creo que algo inaudito sucedió con el décimo salón, en el que Veigas reconoció, como “logro” de estos salones, “la presencia de artistas de varias provincias”, aunque sin hacer referencia alguna a los estudiantes de San Alejandro, que se volvieron a presentar en esta edición con obras más audaces, como fue el caso de Laura Niurka Díaz con *La fe en juego*, un atractivo y reflexivo “esparcimiento” en un posible “parchís” que llama la atención sobre

las pautas participativas de los creyentes o no en algunos renglones de la prédica cristiana. Esta obra, que sí cumplía con los códigos de los “llamados”, no recibió premio³ del jurado –presidido nuevamente por José Veigas-, que reconoció en cambio a estructuras menos novedosas y a narrativas más convencionales en las que sobresalía, una vez más, la iconografía mariana. Igual ocurrió en el caso de Rodney Batista y su fotografía digital, con impresión en PVC, *Sacrificio a lo oriental*, que sólo alcanzó una mención de la Comisión Diocesana para la Cultura de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba⁴.

Es cierto que las decisiones de los jurados son inapelables y yo no estoy requiriendo nada, ni solicito una vuelta atrás, sino haciendo la más justa valoración sobre un aspecto que pudiera entorpecer el futuro desarrollo de este evento, el cual, en su décima edición, tuvo un vuelco regresivo no esperado (y lo digo con mucho dolor). Por lo tanto, deberá convertirse en un punto de imprescindible reflexión.

De todos modos, y tras los señalamientos expuestos, deseo afirmar que el Salón de Arte Religioso, del Centro Cultural y de Animación Misionera San Antonio María Claret, de Santiago de Cuba, se alza como un encuentro cultural de altos quilates.



Notas

1 Veigas Zamora, José Fragmento del texto central del catálogo del VIII Salón de Arte Religioso. Santiago de Cuba, diciembre de 2007.

2 Veigas Zamora, José Fragmento del texto central del catálogo del VI Salón de Arte Religioso. Santiago de Cuba, septiembre de 2005.

3 *La fe en juego*, de Laura Niurka Díaz Ravelo, alcanzó una mención del jurado principal, así como el Premio (compartido) de la Comisión Diocesana de Medios de Comunicación de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba.

4 Además de las mencionadas, varias son las instituciones que se han incorporado a estos salones para otorgar reconocimientos colaterales, como el Instituto Pastoral Enrique Pérez Serantes, la Delegación Claretiana de Las Antillas, la Diócesis de Caguas (Puerto Rico), la Sección de Cultura de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba y la Embajada de la Soberana Militar Orden de Malta.